

Didicit omnes, qui Thomam intelligit.  
Nec totum Thomam intelligit, qui omnes didicit.  
Augustinus aliquando obscurus apud Thomam est clarus.  
Ubi alii dubitant, Thomas non ambigit.  
Ubi omnes desinunt, inde incipit.  
Unde progressus eo ascendit, quo nemo praeiverat.  
Sequitur praeiviam fidem, et eam ducit.  
Sociam facit Theologiam Fidei, et Magistram.  
Ostendit quidquid illa credit.  
Neque aliud super est nisi lumen gloriae post Summam]  
De Deo sic loquitur quasi vidisset. [Thomae.  
De Angelis sic disputat quasi spiritus esset.  
Ingenerat horrorem peccati, dum ostendit.  
Amabiles facit virtutes, dum describit.  
Incarnatum Verbum sic explicat, quasi vox Verbi.  
Siste aliquando, Thoma pervenit ad summum Summa sua.  
Ire ulterius non potest nisi aliquid quaeres post omnia.

*Bene scripsisti de me Thoma*

Probat Scripturam Hominis, qui character est Patris.  
Silete linguae, ubi Deus laudator est.  
Fallere non potest qui laudatur, dum qui laudat non fallitur.  
Appellent homines Thomam Angelum Teologiae.  
Dicant Pontifices Summam tot miraculis constare quod]  
Plus dicit una vox: *Bene.* [titulis.  
Christus est Verbum Patris, Thomas adverbium Filii.

*Quam ergo mercedem accipies?*

Quam bene scripserit, collige ex testimonio.  
Quam bene vixerit, disce ex proemio.  
Ut sciat meritum virtutis, datur optio poemii.  
Quid eligat nisi Deum, qui novit pretium Dei?  
Nec potuit eligere majus, nec debuit minus.  
Male scripserat, si aliter elegisset.

## SEGUNDA PARTE

SEMINARISTA SABIO



## CAPITULO PRIMERO

CIENCIA EN EL SEMINARISTA

### ARTÍCULO I

NECESIDAD DE LA CIENCIA

Recapacite el Seminarista que su ideal es ser Sacerdote, y el Sacerdote es el *abogado* de todo el mundo: á él acuden todos en sus dudas; el Sacerdote es el médico de todas y las más raras y recónditas enfermedades del espíritu; el Sacerdote es el piloto de la Sociedad, de la familia y del individuo; el Sacerdote es «*lux mundi et Sal terrae. Doctor gentium, erga Reges et sapientes terrae consilii, distributor, fidei vocidex et omnium iudex, divitum et pauperum*»....., que decía un sabio.

¿Cómo ejercer rectamente tan sublime ministerio de *magistratura universal quoad omnia, quoad omnes et ubique*, si no está versado, como el Tridentino enseña, en la Sagrada ciencia?

El abogado, el médico, el militar, el ingeniero, todas las clases de la sociedad estudian concienzudamente para cumplir bien con sus respectivas obligaciones, y el seminarista, el futuro Apóstol, ¿no estudiará con ahínco y constancia?

¿No son de mayor trascendencia las ocupaciones del Sacerdote que las del abogado? Este defiende los bienes,

terrenos y caducos; aquel los celestiales y eternos. El médico trata de curar el cuerpo mortal, y el Sacerdote ha de curar el alma, que eternamente ha de ser feliz ó desgraciada. El piloto ha de tener conocimiento para dirigir los buques al puerto, y el sacerdote ha de dirigir por el mar tempestuoso de este mundo las almas al puerto de salud eterna. ¡Ay del sacerdote que no procura tener los conocimientos necesarios para cumplir con su sagrado ministerio! Esta ciencia debe ser según los estados ú oficios en que el sacerdote se debe considerar; y como sus oficios principales son tres, tres deben ser también las clases de ciencia que ha de tener. El sacerdote debe saber cómo ha de vivir bien y santamente. El sacerdote debe saber cómo ha de dirigir el culto que debe dar á Dios, como ministro que es del culto exterior. El sacerdote, finalmente, ha de dirigir por el camino de la salvación las almas que Jesucristo ha redimido con su preciosa sangre; y la mayor prueba de amor que le puede dar es que las apaciente con celestial doctrina.

No puedes calcular ni aún remotamente imaginar, amado Seminarista, los gravísimos males que se originarán de tu ignorancia en el Sacerdoció. Medita y rumia muy despacio los puntos siguientes, que te propina el misionero P. Mach:

I

GRAVE INJURIA  
QUE HACE Á DIOS EL SACERDOTE IGNORANTE

No creo pueda hacerse mayor injuria á Dios que la de frustrar los designios de su providencia, conculcar las órdenes más terminantes y despreciar las más terribles amenazas de su soberana Majestad; pues esto puntualmente hace el sacerdote, no aplicándose al estudio.

Elevándole al sacerdocio, quería Dios hacerle participante y como depositario de tres grandes perfecciones di-

vinas, cuales son la verdad, la justicia y la misericordia. Depositó en él la *verdad*, constituyéndole luz y doctor del mundo; confióle la *justicia*, nombrándole intérprete de su ley celestial; é hizo le instrumento de su *misericordia*, encargándole la dispensación de sus gracias y misterios sacrosantos. Pues el sacerdote ignorante frustra y destruye, cuanto está de su parte, tan amorosos designios.

Dios le hizo depositario de la *verdad*; y ¿qué otra cosa indicaban las palabras *doctrina et veritas*, que por orden de Dios llevaba el Sumo Sacerdote esculpidas en el racional? ¿Por qué siempre que Aarón iba al templo tenía que llevar escritas en el pecho estas dos palabras? (Exod. XXVIII, 30). ¡Ah! responde San Jerónimo: *Ut discamus sacerdotem doctum esse debere. et praeconem dominicae veritatis*. (In cap. 2 Malach). Porque el sacerdote ha de ser fuente de luz y doctrina, debiendo los fieles encontrar la ciencia en él, como en un venero riquísimo.

Sin duda la ley santa é inmaculada del Señor, más dulce que la miel, y más preciosa que el oro y las perlas más finas, alumbra los ojos, siendo verdadera y justificada en sí misma; no obstante, encerrando pasajes oscuros, tiene necesidad de maestro que la entienda é interprete. Y ¿quién será este sabio intérprete? El sacerdote: *Labia sacerdotis custodient scientiam* (Malach. II, 7). Lo dice el mismo Dios: *Interroga sacerdotes legem* (Agg. II, 12) Si, sacerdote, tú eres en los designios amorosos de la providencia divina el depositario de la verdad: ¿tí han de acudir los fieles para distinguirla del error, para aprender todo cuanto conduce á la eterna salvación y adelantar en la virtud. Tú, cual sol benéfico, has de derramar sobre el mundo intelectual los rayos consoladores de la verdad purísima del Evangelio. ¿Y podrás llenar una misión tan sublime, sin aplicarte sería y constantemente al estudio? Estas verdades unas son naturales, y las aprendimos en la filosofía; otras sobrenaturales y reveladas, que se nos enseñaron en la teología; muchas son leyes positivas, y suponen vastos

conocimientos de los cánones, concilios é historia eclesiástica; y ¿cómo podrá un sacerdote, sin grande aplicación al estudio, saber, enseñar y sostener tantas y tan diversas verdades?

¿Qué vergüenza no sería, señores, el que estudiando, escribiendo y trabajando los herejes día y noche para combatir el dogma, empleando hasta veinte y más años, en componer un obra, solo el sacerdote, elegido de Dios para confundir el error y mostrar la verdad, estuviese la mayor parte del día ocioso, sin dedicarse al estudio! ¿Qué mengua y deshonor sería para el Sacerdocio, si llegase á tanto la ignorancia de algunos, que no acertasen á soltar las objeciones más obvias y comunes contra la religión! Si el Crisóstomo reprendía el que no supiesen los fieles cuántas eran las epístolas de S. Pablo; ¿qué dijera si hallase en nuestros días sacerdotes que, ignorando cosas mucho más importantes y necesarias, en medio de tan profunda ignorancia, no se cuidasen apenas del estudio?

Y no se diga que la ciencia es necesaria al catedrático, al que esté encargado de una gran parroquia ó tenga que desempeñar un puesto importante; pero que un simple beneficiado ó sacerdote, el cura de una insignificante aldea no tiene necesidad de tanto saber. ¡Ay! ¡á cuántos este triste exilio pone en peligro de eterna condenación! ¿Eres cura de un lugar reducido, eres simple sacerdote ó beneficiado?... ¿Por ventura no se te dijo también á tí, venerable hermano mío: *Sit doctrina vestra spiritalis medicina populo Dei?* (Pontif. Rom.) ¿No se te confirió también á tí el poder de las llaves, y por consiguiente, oh simple sacerdote, no debes tú vivir conforme á tu vocación, y como tal saber lo que los Concilios y las Escrituras sagradas te mandan practicar? ¿No debes tú explicar y defender la verdad, sobre todo cuando la religión fuere atacada en tu presencia? De lo contrario, tu silencio, al paso que escandalizaría á los fieles, no podría menos de envalentonar al impío. Y ¿cómo la defenderás sin conocer á fondo, la doc-

trina de la Iglesia y los misterios de nuestra santa fe? ¿No debes tú, aunque simple sacerdote, administrar los sacramentos, por lo menos en caso de necesidad? ¿Y cómo lo harás, sin poseer la ciencia indispensable para examinar al penitente, formar juicio exacto de la gravedad, número y circunstancias de sus pecados, é instruirle sobre lo que ha de ser en orden á la religión, intimándole las obligaciones y sacrificios necesarios para su eterna salvación! He aquí por qué decíamos que el sacerdote ignorante no sólo frustra el designio que Dios tenía formado, haciéndole intérprete de la verdad; sino también el fin que su divina Majestad se proponía, constituyéndole dispensador de sus gracias, juez y médico de las almas.

En efecto: como juez y médico espiritual debe poseer un perfecto conocimiento de las enfermedades del alma y conocer á fondo su naturaleza, origen y progresos; no sólo para descubrirlas y distinguir las entre sí, sino también para aplicar á cada una el conveniente remedio. ¿Y bastará para eso saber alguno que otro principio general? ¿No será preciso además conocer bien la complexión del enfermo, la naturaleza del mal y la eficacia de los remedios? Pues nada de esto se alcanza sin una aplicación seria y perseverante al estudio, y sin poseer bien la teología moral. Porque, si aun teólogos muy versados en las ciencias especulativas, pueden, según S. Alfonso Ligorio, errar en la moral, por ser teología tan difícil, que, según el sabio Gersón, apenas hay moralista a quien no se ofrezcan dudas diariamente, ¿qué sucederá al que, sin haber saludado la teología escolástica, sin más estudio que un poco de latín y algún compendio de moral, leído de corrida, se lance temerariamente á ejercitar el ministerio, sin cuidarse ya de libros, ni de estudio alguno?

No es extraño, pues, que la Iglesia use de la mayor severidad con semejantes sacerdotes. 1.º Manda por el Concilio de Trento dar un coadjutor al cura falto de instrucción, y quiere que se le obligue á mantenerle de sus

propios frutos. (Sess. XXI, c. VI De reform.) 2.º Prohibe el Concilio cuarto de Toledo que se presente á órdenes ningún joven ignorante. *Nullus ad sacra veniat inoactus, nullus ignorantiae tenebris involutus; sed quem morum innocentia et litterarum splendor reddant illustrem.* 3.º Prohibe á los obispos bajo severísimas penas que le confieran el sacerdocio: *Nullus illiteratus ad clericatus ordinem promovere praesumat: aliter ordinaturus et ordinandis imminet Dei et Ecclesiae ejus vindicta.* ¡Qué palabras tan graves! ¡Qué amenaza tan terrible!

No es extraño que Dios parezca no admitir ignorancia en los sacerdotes, ni siquiera en la ley antigua. Leamos si no el capítulo cuarto del Levítico, en que Dios señala la hostia que se ha de ofrecer por los pecados de ignorancia. *Si peccare por ignorancia todo el pueblo de Israel... si peccare el príncipe por ignorancia... si peccare por ignorancia algún particular del pueblo... si peccare el sacerdote que está ungiódo...* ¿por qué pregunta Orígenes, no añade Dios aquí *per ignorantiam*, como en los otros casos? Porque, responde, no se admite ignorancia en el que fué elegido de Dios para instruir á los demás. *Neque enim ignorantia cadere poterat in illum, qui, ut alios doceret, provectus est.* (In 4 Levit.) En un hombre del común del pueblo, en el príncipe, en todo el pueblo de Israel podrá suponerse ignorancia; pero no en el sacerdote puesto por Dios para interpretar y hacer observar su santa ley. Y si en éste hubiese ignorancia, no sólo no le excusaría, sino que le haría aún más reo delante de la divina Majestad.

En fin, tanto aborrece Dios al sacerdote ignorante y ocioso, si, dedicándose al estudio, no procura adquirir los conocimientos necesarios al fiel desempeño de su ministerio, que acaba por fulminar contra él los más terribles anatemas. *Quia tu scientiam repulisti, le dice por Oseas, (IV, 6) et ego repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.* Ya que tú desechaste la ciencia, yo te desecharé á ti, para que no ejerzas mi sacerdocio. Y ¡qué palabras tan graves le dirige

por boca del Apóstol! *Si alguno se tiene por profeta ó por espiritual, reconozca que las cosas que os escribo son preceptos del Señor; y el que ignorare, será ignorado. Si quis autem ignorat, ignorabitur.* (I Cor. XIV, 37, 38). ¿Fué por ventura más terrible la sentencia que Samuel intimó á Saúl en nombre de Dios; *Pro eo ergo quod abiecasti sermonem Domini, abiecit te Dominus, ne sis rex!* (I Reg. XV, 23). ¿Será acaso más formidable la maldición que pronunció Dios contra las vírgenes locas, cuando las diga *necis vos!* (Matth. XXV, 12).

## II

### DAÑOS QUE CAUSA Á LA IGLESIA UN SACERDOTE IGNORANTE

La Iglesia, esta digna esposa del Cordero inmaculado, ataviada con las gracias y los dones del Espíritu Santo, llamada de Dios para salvar y santificar las almas, deshecha en llanto contempla ¡ay! á infinitos hijos suyos que se despeñan cada día en el abismo. Dos males producen tan lamentable ruina; la ignorancia del entendimiento y la depravación de la voluntad. Deseosa, pues, de atajar males de tanta trascendencia, establece en los cánones leyes y reglas sapientísimas; promueve y regula la frecuencia de sacramentos, y dirigiéndose al sacerdote, «yo te confío, le dice, este depósito sagrado, fruto de mis sudores y precio de la sangre de mi Esposo divino. Guárdalo fielmente: mira no sean vilipendiadas prendas de tanto valor. Te confío también mis hijos; *Accipe puerum istum, et nutra mihi; ego dabo tibi mercedem tuam.* (Exod. II, 9). Si; toma estos hijos míos, instrúyemelos, criámelos bien; yo te daré un magnífico galardón.» Y en efecto; comienza ya en este mundo á galardonar á su ministro, dándole los frutos de las rentas eclesiásticas. Pero ¿qué hace el sacerdote ignorante? Esa ama de leche desapiadada, hollando los sagrados cánones, y no cuidándose más que de percibir los emolumentos del beneficio, da la muerte á esos hijos espiritua-

les, propinándoles mortífero veneno, en vez de amamantarlos con la leche pura de saludable doctrina. ¡Oh con cuánta razón exclama un piadoso autor; *Omnis per sacerdotum ignorantiam plebs inducta perii!*

Nos quejamos de la corrupción del siglo, del abandono de los sacramentos, y de la iniquidad que, cual impetuoso torrente, todo lo arrolla y arrebata en pos de sí; mas ¿quién tiene la culpa, sino la ignorancia de ciertos sacerdotes? No predicán; y si para evitar que los llamen *canes muti, non valentes latrare* (Isai. LVI, 10) suben alguna vez al púlpito, hablan sin orden ni concierto, sin estudio ni preparación alguna, inspirando con fastidiosas repeticiones no respeto, sino desprecio, de la palabra divina; de modo que, á pesar de que predicán á menudo, puede todavía decirse de aquellas parroquias desgraciadas: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis* (Thren. IV, 4).

Ignorando el precio de los sacramentos y el modo de administrarlos dignamente, ó no se sientan en el confesionario, ó profanan este sagrado tribunal, ligando lo que deberían desatar, y desatando lo que deberían ligar. Ahora, por no comprender bastante la calidad del pecado, imponen leve penitencia por culpas graves, y grave por faltas ligeras; ahora, olvidando los casos reservados al ordinario y al Sumo Pontífice, absuelven sin jurisdicción; ya ignorando los impedimentos del matrimonio y las prescripciones de la Iglesia, prohíben lo que ésta permite, y sancionan lo que ella prohíbe, ó tal vez anula; ya callan cuando debieran hablar y hablan cuando la prudencia aconsejaba callar; unas veces, quebrantando las leyes sacrosantas de la justicia, obligan á restituir al que no estaba obligado, y desobligan al que tenía obligación y voluntad de restituir, otras veces mandan invertir en obras pías lo que debía devolverse á su propio y conocido dueño; y quizás llega á tanto su ignorancia y presunción, que, sin estudio ni premeditación alguna, y sin que se les ocurra la menor duda sobre su temerario procedimiento, resuelven las cuestio-

nes más espinosas, declarando con tono magistral puntos delicadísimos, que las mismas sagradas Congregaciones, apenas se atreven á resolver. ¿Puede hacer nadie mayor injuria á la Iglesia é irrogar mayor perjuicio á las almas, que el que ocasiona un sacerdote ignorante?

El que así deshonra el augusto carácter de que está revestido, no merece se le llame ministro de la Iglesia, ni vicario de Jesucristo; ¿sabéis cómo le llama Pedro Biesense? Triste y desventurado idolo: *Nonne saolum tristitiae et moeroris est sacerdos illiteratus, qui in ira Dei et populi desolatione eligitur, ut veniat quod dictum est: Cum videritis abominationem desolationis stantem in loco sancto, id est in Ecclesia Dei?* No nos quejemos, repito, de la perversidad y corrupción del pueblo: quejémonos más bien del sacerdote que, faltar de ciencia, virtud y celo, no supo aplicar eficaz y oportuno remedio. Y si no ¿cómo sucede que los pecadores más desalmados, y hasta pueblos que pasaban por empedernidos y desahuciados, se convierten muchas veces dando con un párroco ó director adornado de celo, virtud y sabiduría competente? Si; *omnis, per sacerdotum ignorantiam, plebs inducta perit.* No es la guerra, el hambre, la peste la revolución misma, el más tremendo azote que la divina justicia pueda enviar á los pueblos y á las naciones; el más formidable castigo que Dios pueda reservarles en los tesoros de su ira, es un sacerdote malo é ignorante. No hubieran Nestorio, Berengario, Lutero, Calvino, Gioberti y tantos otros corifeos del error hecho tanta riza en el rebaño de Jesucristo, á no haber sido sacerdotes y á no haberles preparado el campo, y abierto el camino la ignorancia y corrupción de sacerdotes, no menos espúreos é indignos que ellos.

### III

#### DAÑOS QUE EL SACERDOTE IGNORANTE SE CAUSA Á SÍ MISMO

Aunque de lo dicho hasta aquí se deduce claramente el  
VOLUMEN III 10

gravísimo daño que el sacerdote ignorante se irroga á sí mismo; con todo, ya que la materia es tan importante, demos todavía una ojeada sobre la lúgubre pintura que de él nos hace el Biesense, llamándole ídolo de dolor y tristeza. Pintura tanto más exacta, cuanto que la ignorancia supone las más veces una pereza é indolencia habitual, que es madre del ocio y origen fecundísimo de innumerables pecados y vicios. En efecto: por más que el sacerdote ignorante vaya en las procesiones magníficamente vestido de ornamentos recamados de oro, plata y piedras preciosas, ¿qué es, sino ídolo de tristeza y de llanto para la Iglesia? *Simulacra gentium argentum et aurum*. Al exterior parece un Dios; mas interiormente y en la realidad es semejante é igual á los mundanos. Tiene boca: podrían sus labios anunciar la palabra divina; pero la ignorancia se los ha cerrado: *os habent et non loquuntur*. Tiene ojos: ¿qué desórdenes y escándalos no está presenciando cada día? Pero *oculos habent, et non videbunt*: voluntariamente ciego, no ve, ni las infinitas almas que caen en el infierno, ni la estrechísima cuenta que Dios le exigirá un día por su eterna perdición. Tiene oídos: y ¿qué sentencias tan aterradoras no pronuncia en el rezo divino y en la santa misa! Pero *aures habent, et non audient*. Sordo á toda otra voz que la del interés y de la comodidad, mira lo espiritual y eterno con indiferencia é insensibilidad. *Pedes habent, et non ambulabunt*: tiene pies; otro sacerdote que esté penetrado del precio de los tesoros celestiales que lleva entre manos, anda á pasos agigantados por el camino de la virtud; corre con santa alegría á visitar al enfermo y á administrar los sacramentos; mas al ignorante nada de esto llama la atención. El juego, la caza, el recreo, y tal vez los tortuosos senderos de la iniquidad, esos son los únicos caminos que anda gustoso. *Manus habent, et non palpabunt*. (Ps. CXIII): Tiene manos; y ¿qué obras de misericordia no pudiera hacer! ¿Cuántas heridas abiertas por el pecado, pudiera sanar! Si quisiese, ¿qué gracias podría

adquirir y procurar á los demás! Con sólo tocar una vez la orla del vestido de Jesús, recobró la hemorroisa perfecta salud; mas este sacerdote, teniendo cada día en sus manos al médico celestial, queda siempre sujeto á las mismas dolencias y achaques. ¡Qué desgracia! ¿Y no es esto hacerse un gravísimo daño á sí mismo?

¡*Vae nobis, si Domini veritatem neglexerimus!* ¡*Vae nobis, si silentio veritatem obduxerimus!* exclama un gran Pontífice, (Symmac in Syn. Rom.). Pues es muy fácil que el que así obre, viva habitualmente en pecado y que en castigo de los funestísimos daños que causa, muera luego empujando en el pecado. Y la razón que da S. León Papa es: porque *Si in laicis intolerabilis est inscitia, quanto magis in iis qui praesunt, nec excusatione digna est, nec veniat*

¿Qué será, pues, de tí, sacerdote ignorante, cuando el justo Juez te pida cuenta estrechísima de los sagrados ministerios y de las almas que te confió? ¿Cuándo te pregunte Dios: *Ubi est frater tuus!* (Gen. IV). Tendrás acaso el atrevimiento de contestar como Cain: *No lo sé: soy yo por ventura guarda de mi hermano!* Si así fuese, replicaría el Juez supremo: *Vox sanguinis fratris tui, clamat ad me de terra*: están infinitas almas pidiendo desde el infierno á voz en grito venganza contra tí. Señor, dicen, si el sacerdote que nos diste por párroco ó director hubiese mejor entendido y llenado su deber, si nos hubiese avisado á tiempo é instruido mejor, lejos de arder en estas llamas, seríamos dichosos habitantes del cielo. ¿Y si nosotros merecemos estas penas por haber delinquido, merecerá por ventura la gloria él, que fué la causa de nuestra eterna condenación?

¿Qué excusas alegrará el infeliz? ¿Dirá por ventura: Señor, ya cantaba vuestras alabanzas; ya rezaba el oficio divino y celebraba cada día; ya promovía vuestro culto con funciones solemnes? ¿Añadirá acaso: Señor, ya ayunaba y hacía limosnas? ¡Ah! no se trata de eso, podrá contestarle el recto é inflexible Juez: ¿qué se han hecho las almas que

te confiés? Ya te lo dije por Ezequiel: *Yo mismo pediré cuenta de mi grey á los pastores, y acabaré con ellos, para que nunca más sean pastores de mis rebaños, ni se apacienten más á sí mismos* (Ezech. XXXIV, 10). V pues tú te has portado así, *nunc igitur maledictus eris*. (Gen. IV). Has desechado el estudio, y el cumplimiento de tus deberes; yo también te desecharé á tí. Por tu causa ha sido vilipendiada y maldecida mi religión; tú también á tu vez serás objeto de desprecio y de maldición en el tiempo y en la eternidad. No permita Dios, ¡oh seminarista que esto lees, que caiga nunca sobre tí semejante maldición!

## ARTÍCULO II

### UNIÓN QUE DEBE HABER ENTRE LA VIRTUD Y LA CIENCIA

Escribe el P. Sacrést, Ord. Pred.:

No es raro que al encomiar la ciencia y las letras se hiera indirectamente la práctica de la virtud y de la oración, así como también al ensalzar la oración y la virtud suélese indicar una sorda aversión á la ciencia; y esto es demasiado cierto para ser ocultado, lo cual, después de todo, es una desgracia. Y no viene el mal de las cosas; que la virtud y la ciencia buenas son: son dos hermanas venidas ambas del cielo para consuelo de los mortales, sino que el enemigo, envidioso de nuestra suerte, teme el maridaje de estas dos almas y la unión de estas dos fuerzas. Sabe él que de la unión nace la fuerza: que de estos dos elementos fórmase una argamasa impermeable, un muro impenetrable á todos sus tiros, y de aquí su gran empeño en separarlas, en divorciarlas, en enemistarlas por consumir así en doméstica lucha su poder terrible. Esto debiéramos tener presente todos, para que así apercibidos, trabajáramos de consumo en atunar y estrechar en religioso lazo la oración y la ciencia.

Nosotros hemos hablado de la oración, y la hemos pon-

derado no cuanto se merece, pero sí lo que nos ha sido dado: hablamos ahora del estudio, y lo creemos digno de los mayores encomios, y demás digno abogado que lo somos nosotros. Ahora queremos unirlos en amigable y perpetua concordia, de manera que mutuamente se ayuden y fomenten.

«Harás, dijo Dios á Moisés (1), dos querubines de oro macizo labrados á martillo, y los pondrás en las dos extremidades del oráculo ó propiciatorio. Un querubín estará en un lado y otro en el otro; y han de cubrir entrambos lados del propiciatorio, extendiendo las alas sobre el propiciatorio, mirándose con las caras vueltas hacia el propiciatorio, con el cual se ha de cubrir el Arca, dentro de la que pondrás las tablas de la ley que te dará. Desde allí te intimaré yo mis órdenes, desde encima del propiciatorio, y desde en medio de los dos querubines puestos sobre el Arca del Testamento, te diré todas cuantas cosas hubiere de ordenar por tu medio á los hijos de Israel.» He aquí hermosamente retratado el pensamiento de la Iglesia sobre la unión de la virtud y de la ciencia. Son dos querubines: los manda el Señor al Obispo que los ponga á los dos lados del santuario, y que lo cubran con sus alas y que se miren mutuamente vueltas las caras al propiciatorio de nuestro destino. Así cubierta y defendida la Iglesia desde ella, y desde en medio de los dos querubines dirá el Señor todas cuantas cosas hubiere de ordenar por medio del sacerdote á los hijos de Israel. No se quiera, pues, aislar el un querubín del otro; que si no, no quedará bien cubierto y defendido el Santuario, y Dios no hablará desde esa Arca á los pueblos cristianos.

Pero descendamos más en particular á declarar la necesidad que de ambas á dos, de la ciencia y de la virtud tiene el seminarista del Señor. Pues por lo que hace á la ciencia, bastará reflexionar sobre el fin de nuestra ordenación, que es procurar la salvación de nuestros prójimos

(1) Exod., 25

por medio de la predicación y enseñanza de las divinas leyes. «Id, dijo el Salvador (1) á sus discípulos, y predicad el Evangelio á toda criatura enseñándolas á guardar todo cuanto os he dicho.» Por donde constituyó del apostolado una enseñanza y magisterio, el cual cierto que, como no hemos de presumir tenerlo por naturaleza ni por inspiración, somos obligados á recabarlo con trabajo y perseverancia en el estudio. Si de Dios es llamarnos al ministerio de su Evangelio, en nosotros está el hacernos dignos de tal elección, correspondiendo á lo que pide el llamamiento divino. David (2) responde á la voz del Señor diciendo: «Preparado está mi corazón, preparado está mi corazón.» Pues estudiemos, y estudiemos con fervor, con perseverancia, con asiduidad, de modo que podamos decir: Preparado estoy, Señor, preparado estoy á ejercer el ministerio de la predicación del Evangelio á sabios é ignorantes, á griegos y romanos. Así no mereceremos aquel reproche de Oseas (3): «Porque rechazaste la sabiduría, yo también te rechazaré á ti.»

Todo esto bien dice que la Iglesia lleva en su destino y para su destino el estudio, sobre todo de las ciencias eclesiásticas. Así que el seminarista ó no comprende el destino de su vocación, ó sin remedio tiene, y mucho, que estudiar para corresponder á su vocación.

Ahora bien: ¿Será posible que algún seminarista comprendiendo ser esto así verdad, en nombre de la virtud y de la oración reniegue del estudio y de las letras? No: sería esto una blasfemia. Si es virtud, y es según Dios, esa misma virtud le mandará estudiar para llenar esa vocación y cumplir así la voluntad de Dios. Véase lo que dice el Príncipe de los Apóstoles: «*Satagite, ut certam vestram vocationem et electionem faciatis*» (4). Trabajad en hacer cierta vuestra vocación y elección: sea el seminarista muy delicado en no perder el tiempo en vanas conversaciones, en parlterías escusadas, en lecturas frívolas y negocios im-

(1) Marc., 16-15 (2) Salm., 36-8. — (3) Oseas, 4-6. — (4) Petr., —1-10.

pertinentes. Sea el más exacto en el respeto á los profesores, en la sumisión á sus enseñanzas, en el repaso de las materias, en la puntualidad de los actos, y en todo lo que concierne al mayor adelantamiento de los estudios.

Es más: no sólo la abrazará con religiosidad y la estrechará en amigable lazo con la virtud, sino que como Salomón, al verse al frente del pueblo de Israel exclamará (1): «Ahora, Señor, tú me has hecho reinar á mi, siervo tuyo, en lugar de mi padre David: más yo soy aún un niño chiquito que no sabe la manera de conducirse... Da, pues, á tu siervo un corazón dócil para que sepa hacer justicia y discernir entre lo bueno y lo malo;» y Dios que ha prometido atender á la oración del justo y hacer la voluntad de los que le temen, le dará un corazón de sabio, es decir, una virtud ilustrada, é inteligencia bastante á llenar, hasta con holgura, su vocación y su destino. El que otra cosa haga, el que otra cosa piense, hace traición á la justicia de la causa que defiende. La virtud jamás fué amiga de la pereza, de la ociosidad y de la ignorancia; jamás necesitó cubrirse con otro ropaje que con el propio de la verdad y sinceridad. Sabe que está escrito: El que ama la disciplina ama la sabiduría» (2). Prueba copiosa y eficazísima de esto, es que los santos más esclarecidos de la Iglesia han sido doctores y profesores de la ciencia, y por cierto algunos en altísimo grado. Es este un fenómeno dignísimo de ser considerado y que, con el lenguaje elocuente de los hechos, demuestra el pensamiento que venimos exponiendo. Compréndese, pues, que en el seminarista es el estudio de la ciencia, necesario para la sinceridad y solidez de la virtud; por manera que á no maquinarse contra su propia existencia, la virtud amará á la ciencia y procurará su mayor desarrollo y perfección.

Pero, ¿pasa otro tanto con la virtud? ¿Es necesaria en el Seminarista la virtud? Podrá suceder, absolutamente (3)

(1) III. Reg., 3. — (2) Proverb., 19-1. — (3) Decimos absolutamente hablando; que en lo demás ya nos avisa el Espíritu Santo, que la sabiduría no estará

hablando, que un seminarista sea sabio sin virtud; pero ese sabio, no será buen clérigo (1). Y esto es muy claro. Hemos dicho que la Iglesia tiene apostolado permanente, y el eclesiástico por maneras varias es predicador. El predicador (y llamamos predicador aquí al confesor, al doctor, al director), ¿qué será sin la fuerza del ejemplo y de la virtud? Será una campana que suena ó un bronce que se toca... un varón estéril que no prosperará en sus caminos; una voz que morirá en los oyentes, un soplo del cual no podrá decirse que sobre él es llevado el espíritu de Dios. Le falta á él amor de Dios, y no es posible que lo comuniqué á otros, según aquel principio de los filósofos: que nadie da lo que no tiene, y los maestros de la elocuencia eso tienen por fundamento y base de todas sus reglas. Así dice Quintiliano (2): «La suma de este negocio (á todo lo que yo puedo alcanzar) consiste en que, si queremos mover los corazones de los otros, estén movidos los nuestros. El alma de mala voluntad ni habitará en cuerpo sometido á pecado. A más de que el sabio en el sentido riguroso de la palabra ha de ser virtuoso, á no decir que es sabio, errando en la ciencia más importante de la vida y de la eternidad, trastornando el orden que según su valor se merecen las cosas, anteponiendo lo visible y perecedero del tiempo á lo visible y permanente de la eternidad. Un tal sabio yerra prácticamente en lo que más le importa; y por más que tenga una inteligencia grande, su corazón es muy pequeño, y por añadidura corrompido; de donde vendrá á ser que el corazón tarde ó temprano maleará la cabeza. Y quisiera Dios que no fuese esta la historia de todos los herejes y apóstatas, de todas las apostasias y defecciones.

(1) «In omnibus respice finem» enseña la Eclesia Cristiana; y como el fin del seminarista es ser clérigo, de aquí se deduce que si no será buen clérigo, tampoco buen seminarista.

A más de lo expuesto en varios capítulos del primer tomo, sobre este punto, necesario es estampar las siguientes sentencias sobre el ideal del seminarista, que es el sacerdocio.

«Por elevado que esté en dignidad, dice un ilustre Pontífice, será el sacerdote mirado como el más despreciable de los hombres, si no sobresale en ciencia y santidad. Ciencia y piedad son los dos ojos del eclesiástico perfecto», afirma de San Francisco de Sales; porque, según se expresa un célebre Concilio, *Sicut doctrina sine vita arroganter facit, ita vita sine doctrina inutiliter reddit* (Conc. Aquisgran. c. 20). Para ser, pues, sacerdote perfecto, es preciso que respaldarcan en él la ciencia y la virtud. *Sicut vita, ita doctrina clarere debet*. La ciencia sola le volverá orgulloso, y la virtud sin ciencia suficiente le haría inútil.

(2) Retórica de Granada.

tros.» Y más abajo: «De tal ánimo ha de salir la oración, cual quiere poner á los demás, porque de otra manera ¿cómo será posible que se duela, el que ve que yo mismo, que aquello digo, no me duelo? ¿Cómo se indignará, el que ve que yo, que le quiero indignar, no me indigno? ¿Cómo dará lágrimas el que me ve á mí hablar con los ojos juntos? No es posible.»

Y ¿cómo ha de ser posible? ¿Acaso enciende el leño que no está encendido, ni da el muerto la vida que él mismo no tiene? ¿Cómo, pues, podrá un corazón frío y helado en el amor de Dios, que no sabe qué es derramar una lágrima ni exhalar un suspiro, conmover las masas y excitar los pueblos al aborrecimiento del pecado y al seguimiento de la virtud? ¿Cómo le responderán las gentes: si quieres que yo llore, llora tú primero! ¿Cómo oírá allá dentro de su corazón aquella temerosa reconversión: *Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* ¿Cómo te metes á hablar de mis mandamientos y tomas en tu boca mi alabanza? (1). Y, esto mucho más, si se considera que es este negocio no de la tierra sino del cielo, no de la naturaleza sino de la gracia, el cual no se ha de persuadir con palabras de sabiduría humana, sino por la manifestación y virtud de Cristo, la cual mejor se alcanza con la oración que con el estudio. En figura de lo cual el Señor concedió á Israel la victoria contra los Amalecitas, no tanto por el valor y destreza de los combatientes, cuanto por la oración y virtud del Santo Moisés.

Pero no es esto sólo: la virtud en el seminarista es también necesaria para su propia salvación. Y es este un punto que á veces olvidamos demasiado. La iglesia santa, si ama y desea la salvación de los prójimos y la extensión del reino de Jesucristo, también ama y quiere grandemente la salvación de sus propios levitas. Cuentase que el Patriarca de los Predicadores lloraba, en una visión misteriosa que tuvo, por no ver á sus hijos en el cielo, hasta que el Señor

(1) Salm., 49.

se los enseñó que estaban cabe la Virgen; con que quedó muy consolado. Pues así el Pontífice de cada Iglesia, antes que de nadie, desea la salvación de los hijos del santuario.

Pues bien, el que con desprecio de la oración y de la virtud se consagra al estudio, olvidando su propio aprovechamiento por el de los otros, cierto que yerra contra sí propio, y ni aprovechará á los otros ni á sí mismo. «Tu consideración, decía San Bernardo al Papa Eugenio (1), comience de tí mismo; porque no te extiendas vanamente á otras cosas, olvidándote de tí. ¿Qué te aprovecha ganar á todo el mundo si pierdes á tí solo? Y si fueres sabio, fáltate para la verdadera sabiduría que lo seas también para tí. Y si me preguntas cuanto te falta para esto, dígame que todo, si no lo eres para tí. Sepas todos los misterios de la Escritura, la anchura de la tierra, y las alturas del cielo y las profundidades de la mar; si con todo esto no te conoces á tí mismo, serás semejante al que edifica sin fundamento y hace obra para caer. Todo lo que edificares fuera de tí, ten por cierto que será como un montón de polvo que se lleva el viento. De manera que no es sabio el que para sí no lo es; y por esto el que de verdad lo quiere ser, séalo para sí y beba él de su misma fuente. Y por esto de tí comience tu consideración, y no sólo comience en tí sino también se acabe. A doquiera que fuere, mira que de tal manera vaya que finalmente vuelva. Tú seas para tí el primero y el postrero. Imita en esto el ejemplo de aquel Padre soberano que de tal manera produce y envía de sí aquella palabra eterna, que también la retiene. Tu palabra es tu consideración; y por esto si alguna vez saliere, mira que vuelva; y de tal manera salga que no te desapare. En lo que toca al negocio de tu salud, no has de tener otro más vecino ni más hermano que el único hijo de tu madre, que es á tí mismo. Cosa que sea contra tu salud, no la debes pensar. Menos dije de lo que

(1) Lib. 1.º, de Considerat.

debiera decir. Porque no digo yo otra cosa que sea contra tu salud; más aún, cosa que sea fuera de ella, no la debes admitir.»

Procuremos, pues, ante todo, la salvación de nuestras almas por la práctica de la virtud y santificación del espíritu. Mucho más, que esta nuestra santificación propia nos proporcionará la misma ciencia. Y sino, ¿qué otra cosa repite con más frecuencia la Escritura santa, sino que el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y que si deseas sabiduría guarda la justicia y el Señor te la concederá? Según que dice San Agustín (1): «Los que han aprendido de Cristo á ser mansos y humildes de corazón, más aprenden orando y meditando, que leyendo y estudiando.» Por demás sabido es lo que de sí decía Santo Tomás: «Que más había aprendido en la oración que en el estudio.» Y así concluyamos con San Agustín (2): «No seamos en las disputaciones continuos y en las oraciones perezosos.»

Nos haríamos interminables si quisiéramos añadir todo lo que se podría decir sobre este punto. Queda bastante indicado que, para que el eclesiástico llene su misión y su destino, y lleve con gloria el honor del sacerdocio, y aun para que se salve á sí mismo, es de todo punto indispensable que posea virtud y mucha virtud.

Porque las letras en la Religión, nos dice el P. Hernando del Castillo (3), no son la sustancia de ella, sino medio para conseguir su fin. Y si no hay más que estudiar olvidando lo que es perfección, no puede parar el estudio sino en vanidad. Porque las muchas letras á solas desvanecen, y cuando la lozanía que causan, no se enfrena y corrige con mucho temor de Dios y santos ejercicios de oración, penitencia, ayunos, lágrimas, recogimiento y silencio, serán destrucción y cuchillo de quien las tuviere.

Por donde así se debe tratar el estudio que el principal

(1) Vide Granada, 2.ª P. de la Devoción.—(2) In Psalm. 118.—(3) Vide «Historia de Santo Domingo.»

punto sea purificar el corazón, asentar en él un entrañable amor de Dios, seguir el intento de la perfección y estudiar en ella como en el mayor libro de todos, enderezando á este blanco cuanto en las ciencias y facultades se estudiare. Porque así cobrarán las letras espíritu y vida; y teniéndola podrán pegarla á los oyentes, en las cátedras, púlpitos y confesonarios, y en las conversaciones particulares. «Donde no, todo se vuelve en nada», como dice San Pablo. Por todo lo cual, Santo Tomás nota que en el Evangelio, los apóstoles primero son comparados á la sal y después á la luz: porque primero es la vida que la doctrina (1).

Ahora, por cuanto quisiéramos evitar malas inteligencias en punto tan delicado, vamos á resumir en proposiciones cortas nuestro pensamiento sobre la armonía entre el estudio y la oración, entre la ciencia y la virtud.

1.º El seminarista para llenar su destino, el cual es ganar almas para Jesucristo por medio de la predicación y enseñanza y ministerios análogos, necesita estudiar, porque sin estudio no hay instrucción, no hay enseñanza, ni predicación.

2.º Por consiguiente, la verdadera y sólida virtud en el seminarista, como quiera que ante todo ha de procurar corresponder á la vocación, lejos de desechar el estudio, será la primera que imperará su mayor cultura y aplicación.

3.º Asimismo la virtud es para el seminarista absolutamente necesaria, tanto para hacer fruto en los prójimos, como también para la propia santificación, porque sin ella malamente comunicará lo que no tiene, y su ciencia sólo le servirá para mayor tormento y pecado, según aquello de Santiago: *Scienti et non facienti peccatum est illi* (2).

4.º Que por consiguiente yerran tristemente cuantos en nombre de la ciencia y del estudio desestiman las virtudes eclesíásticas, descuidan la oración y los ejercicios

(1) Comment. in Math., 5.—(2) Jacob., 4-17.

de piedad, y viven con un corazón seco y sin jugo de devoción.

5.º Pone admirablemente el sello á la armonía apetecida la consideración del fin por el cual debemos estudiar. «Será, dice el P. Cormier (1) hablando del fin con que se debe estudiar, será cosa desgraciada é insensata estudiar por motivos bajos y terrenos. Si se estudia sólo por saber, será curiosidad; si por ser estimado, vanidad; si porque gusta, será amor propio; si por ganar algún bien temporal, será sórdido interés; si por hábito y costumbre, se pierde el mérito y recompensa del trabajo ante Dios.» Es, pues, necesario, purificar la intención al principiar el estudio, no buscando otra cosa que al Divino Maestro, á ejemplo de Santo Tomás, el cual decía: «Señor, yo no quiero otra recompensa que Vos mismo.» Por eso al principio del estudio hemos de implorar el auxilio del cielo por mediación del Ángel de las Escuelas, ofreciendo aceptar aquel trabajo á mayor gloria de Dios, santificación propia y salvación de nuestros prójimos. Durante el curso de la lección hemos también algún tantico de descansar en las llagas de Jesús, como lo hacían los Santos, y lo aconseja San Vicente Ferrer, dando al fin gracias al Señor por la inteligencia que hayamos recibido, y pidiendo perdón por los descuidos y distracciones y otras faltas que habremos cometido.

### ARTÍCULO III

SANTO TOMÁS TIPO DE SEMEJANTE ARMONÍA SEGÚN  
EL DECRETO DE LEÓN XIII DECLARÁNDOLO PATRONO  
DE LAS ESCUELAS Y UNIVERSIDADES

Quiso el Sumo Pontífice dar á la juventud estudiosa un verdadero guía, que condujese á los estudiantes católicos por los senderos de la virtud en la investigación de la

(1) Instruc. de los novíces.

verdad. Ese doble pensamiento presidió á las Letras apostólicas que con fecha 4 de Agosto de 1880 envió al mundo católico. En ellas manifiesta el deseo que siempre tuvo de dar por tipo ó modelo á Santo Tomás, y así dice:

«De este nuestro deseo y determinación es la principal causa el que sea visible entre todos Santo Tomás, al cual mireñ como ejemplar y tipo los hombres católicos en los variados estudios de la ciencia. Y ciertamente que en él están los esclarecidos dones de alma y de ingenio con que suelen los hombres atraerse á los demás, tales como doctrina abundante, incorruptible y bien dispuesta: obediencia á la fe y admirable avenimiento con las verdades divinamente enseñadas é integridad de costumbres con el resplandor de grandes virtudes.

Desde luego su doctrina es tanta que á manera de mar abraza la sabiduría que viene de los antiguos. Todo cuanto se ha dicho con verdad y discutido con prudencia por los filósofos gentiles, por los Padres y Doctores de la Iglesia y por los grandes sabios que antes de él florecieron, no sólo lo conoció, sino que lo aumentó, perfeccionó y enseñó con tanta brillantez de formas, con tan escogida manera de decir y con tanta propiedad de palabras, que bien parece haber dejado facultad de ser imitado, más no de ser por nadie superado. Y lo singular es que su doctrina fundada en principios de suma aplicación, responde á las necesidades no sólo de una época, sino de todos los tiempos, y es sumamente apta para disipar los errores que sin cesar renacen.

Sostenido por su propia fuerza y su propio valor, permanece invencible y causa á sus adversarios profundo terror.

Hay también que tener en cuenta, sobre todo para el criterio de los cristianos, el acuerdo perfecto de la razón y de la fe. En efecto, el Santo Doctor demuestra con evidencia que las verdades del orden natural no pueden estar en desacuerdo con las verdades que se creen por reve-

lación divina; que, por consecuencia, seguir y practicar la fe cristiana, no es someter de modo humillante y despreciable la razón, sino una noble obediencia, que sostiene el espíritu y lo eleva á mayores alturas; en fin, que la razón y la fe vienen una y otra de Dios, no para combatir entre sí, sino para que, unidas por vínculos de amistad, se protejan mutuamente.

En todos los escritos del bienaventurado Tomás se ve el modelo de esta unión y de esta admirable concordia; porque en ellos se ve dominar y brillar: ya la razón, que, guiada por la fe, logra el objeto de sus estudios en la investigación de la naturaleza; ya la fe explicada y defendida con el ayuda de la razón; y de tal manera, que cada una de ellas conserva intactas su fuerza y su dignidad: en fin, cuando el asunto lo requiere, las dos marchan unidas, como aliados, contra los enemigos de ambas.

Si siempre fué necesario que existiera acuerdo entre la razón y la fe, esta necesidad subió de punto desde el siglo diez y seis; porque en esa época se sembraron los gérmenes de una libertad que excede todo límite y toda regla, que hace que la razón humana repudie abiertamente la autoridad divina, y pide á la filosofía armas para minar y combatir las verdades religiosas.

En fin, el Doctor Angélico, grande por la ciencia, no lo es menos por la virtud y la santidad. Y la virtud es la mejor preparación para el ejercicio de las fuerzas de la inteligencia y la adquisición del saber. Los que la menosprecian, creen falsamente haber adquirido ciencia sólida y fructuosa porque la ciencia no entrará en el alma ruin, ni habitará en cuerpo sometido al pecado.

Esta preparación del alma, que procede de la virtud, existió en Tomás de Aquino en un grado tal que mereció ser marcado por Dios por una señal resplandeciente. En efecto, al salir victorioso de una fuerte tentación de voluptuosidad, en el castísimo adolescente obtuvo de Dios, en recompensa de su valor, el llevar alrededor de su cintura

un cingulo misterioso y de sentir al mismo tiempo completamente apagado el fuego de la concupiscencia. Desde entonces vivió como si hubiera sido libre de todo contagio del cuerpo, pudiendo ser comparado á los espíritus angélicos, no menos por la inocencia, que por la inteligencia.

Por todas estas razones consideramos al Doctor Angélico digno por todos conceptos de ser elegido como Patrono de los estudios. Al pronunciar con alegría esta sentencia, abrigamos el pensamiento de que, el patrocinio de este hombre eminentemente grande y eminentemente santo, será muy poderoso para la restauración de los estudios filosóficos y teológicos con gran ventaja de la sociedad. Desde el momento en que las Escuelas católicas estén bajo la tutela y dirección del Doctor Angélico, se verá florecer la verdadera ciencia basada en principios ciertos, desenvolviéndose en manera racional. Doctrinas puras producirán costumbres puras en la vida privada y en la pública, y las buenas costumbres producirán por consiguiente la salud de los pueblos, el orden y la paz universal.

Los que se consagran á las ciencias sagradas, hoy tan violentamente atacadas, tendrán en las obras de Santo Tomás los medios de demostrar en toda su amplitud los fundamentos de la fe cristiana, de persuadir las verdades sobrenaturales y de defender vigorosamente nuestra santísima religión contra los asaltos criminales de sus enemigos. Todas las ciencias humanas comprenderán que ni se las impide ni se retarda su marcha, sino que, por el contrario, recibirán nuevo estímulo y mayor grádeza. En cuanto á la razón, entrará en gracia con la fe, porque desaparecerán las causas del sentimiento y la tomará por guía en la investigación de la verdad.

En fin, todos los hombres ávidos de saber, impulsados por los ejemplos y preceptos de tan gran maestro, se habituuarán á las buenas disposiciones para el estudio con la integridad de las costumbres, y no irán en pos de esa ciencia que separada de la caridad, hincha los espíritus y

los extravía; sino que seguirán aquella ciencia, que, derivándose del Padre de las luces y del Maestro de las ciencias, vuelve las cosas á Él. » (1)

#### ARTÍCULO IV.

##### VENTAJAS DEL ESTUDIO

Escribe el P. Sacrest: ¿Cómo sino se tiene ciencia de los libros santos se conducirán las almas por el camino del bien? ¿Cómo se responderá á sus preguntas ni cómo se resolverán sus dudas? ¿Acaso haremos frente á ese diluvio de errores, con que hombres de este siglo quieren pervertir los sagrados dogmas, sin saber filosofía y teología y cánones y sagrada Escritura? ¿Si no se sabe bien lo que dice Santo Tomás sobre la naturaleza del mal, sobre la diferencia entre el ser increado y los seres finitos, sobre el concepto de libertad y de la gracia, sobre el alma y sus destinos, sobre Dios y sus perfecciones, ¿Cómo será posible dilucidar bien las cuestiones, distinguir el derecho del bien y el permiso del mal, el derecho de la libertad y el abuso del libertinaje? ¿Cómo se conciliará la predestinación divina con la libertad humana sin caer en terrible fatalismo, si no se sondea la fuerza divina que como desde atalaya ve como juegan los hijos de los hombres, y si no se comprende la virtud infinita del Señor, el cual

(1) Como prueba exquisita de lo atento que estuvo siempre Santo Tomás á armonizar la ciencia y la virtud, he aquí la oración que hacía y dejó él para antes del estudio. *Creator ineffabilis, qui de thesauris sapientias tuas tres Angelorum hierarchias designasti et eas super coelum empyreum miro ordine collocasti, atque universas partes elegantissimè disposuisti; tu tuquam qui cernis fons luminis et sapientias dicens ac supereminens principium, infunderis dignetur super intellectus mei tenebras tuas radium claritatis duplicem in quibus natus sum, a me remotens tenebras peccatorum scilicet et ignorantiam. Tu, qui linguas infantium facis disertos, linguam meam erudias atque in labiis meis gratiam tuæ benedictionis infundes. Da mihi intelligendi acumen, retinendi capacitatem, addiscendi modum et facultatem, interpretandi subtilitatem, loquendi gratiam copiosam; ingressum instruas, progressum dirigas, egressum complas: Tu qui es verus Deus et homo, qui vivis et regnas in aeterna saeculorum. Amen.*

á las criaturas mueve en tan delicadísima manera que, reservándose los derechos de primera causa y de primer motor, no lastima la voluntad humana; antes moviéndola, la perfecciona y enoblece? Sólo con el estudio, pues con «la sabiduría, quien la poseyere, heredará la vida, y quien la escucha juzgará las naciones y quien tiene fijos en ella los ojos, reposará seguro... le descubrirá sus arcanos y le enriquecerá con un tesoro de ciencia y de conocimiento de la justicia.» (1)

Con él evitará el seminarista muchos males y conseguirá muchos bienes. Desde luego evita la ociosidad, que no es pequeña fortuna. Y cierto que el seminarista después que haya llenado las obligaciones propias suyas de caridad y religión, si no estudia ó escribe, ¿qué hace, qué piensa, en qué se ocupa? ¿A caso en hablar, en murmurar ó en otros gastos de ociosidad? ¿A caso en esta misma ociosidad? Pero ¿qué, ha destinado Dios al hombre á la ociosidad? No es este el destino que Dios dió al hombre cuando le introdujo en el paraíso; sino que allí le puso para que lo trabajase y guardase: *ut operaretur et custodiret illud.*

No; el ocio es demasiado estéril, monótono y triste para que sea patrimonio del hombre. ¿Había de ser menos que el agua que incessantemente corre á llevar á las tierras el fruto de su trabajo; menos que el sol que se levanta muy de mañana para seguir la voz de Dios que le ordena el trabajo; menos que la hormiga y la abeja que afanosas pasan los días en el movimiento y el trabajo? No; porque el hombre está hecho á imagen y semejanza de Dios, y Dios es el primer trabajador. «Cuando yo abro, decía un ilustre Obispo (2), los libros y contemplo la obra de los seis días, pareceme descubrir en Dios al primer industrial, y su obra es un prototipo de fábrica perfectamente ordenada.»

Santo Tomás, para darnos de Dios una definición aca-

(1) *Recler.*, 4-14.—(2) El Arzobispo de Zaragoza á un Círculo mercantil.

bada y completa, dice sencillamente: «Que Dios es acto puro, es decir, que siempre está en acto, siempre en ejercicio, siempre trabajando.» ¡Querriamos, pues, abdicar de nuestra propia dignidad, entregándonos á la inercia y ociosidad! ¡Habíamos de ser menos que las aguas del río, que las estrellas del cielo, que las plantas de la tierra, que los insectillos del aire! ¿No consiste nuestra perfección en asemejarnos cada vez más á la vida y ser de Dios?

Sobre todo, ¿no hemos oído alguna vez las repetidas inectivas que contra el ocio lanzó el Espíritu Santo? Pues es cosa de maravillar lo mucho que Dios aborrece la ociosidad, y cómo no se cansa en las divinas Escrituras de reprobarla de mil modos y maneras. En el libro de los Proverbios dice: «Los (1) buenos pensamientos y propósitos del esforzado siempre crecen en abundancia; mas todo perezoso vive en pobreza. La pobreza nace de la mano perezosa, mas la mano de los fuertes apareja riquezas. La pereza es causa que se vaya poco á poco arruinando la casa, y la flaqueza de las manos hace que se lleve toda. El que labra su tierra, se hartará de pan, y el que se da á la ociosidad será lleno de pobreza. El que es muelle y flojo en su manera de vivir, compañero es del que destruye sus obras. La pereza carga al hombre de sueño, y el alma floja y desatada en sus obras padecerá hambre.»

Lo dicho es más que bastante para que nos apliquemos con ardor al estudio. Pero hay hoy una razón poderosísima tomada de las circunstancias especiales en que está colocado el doctor eclesiástico. «¿Cuál será, pregunta César Cantú, el porvenir? Sólo Dios lo sabe; mas para preparar valientes campeones á la causa del Señor, es menester una instrucción eclesiástica elevada, que además de tener el conocimiento de las fuentes teológicas y de la historia interior de la Iglesia, sepa demostrar la influencia que tuvo el cristianismo en los tiempos pasados sobre el estado moral y social del mundo; rechazar los dardos que contra

(1) *Proverb.*, 13.

la hermenéutica sagrada se dirigen, tomados del arsenal de la mitología, indicar con recta exégesis el verdadero sentido del texto sagrado, y las consonancias con los historiadores profanos, investigando la utilidad positiva que puede sacarse de los clásicos; proponer los remedios convenientes para los graves males que desde hace tres siglos afligen á la Iglesia, adoptar todas las conquistas legítimas de la ciencia, y cuanto tienen de buenas y verdaderas la filosofía humana y las ciencias históricas y naturales, haciendo que los progresos de éstas conduzcan á la demostración de la verdad revelada, y fundiendo en un solo conjunto la fe, la experiencia y el raciocinio; por último, y especialmente, unir la doctrina á la virtud. Así se conocerá la verdad, y la verdad nos salvará.»

## ARTÍCULO V

### MÁS SOBRE LAS VENTAJAS DEL ESTUDIO

Graves son las ventajas que se acaban de señalar en el estudio; mas otras hay muy importantes las cuales arrancan de la naturaleza misma de nuestras facultades. Con efecto, el estudio es uno de los ejercicios más nobles del hombre. Entre las potencias hay este orden, que las espirituales son más elevadas que las corporales, y así vemos que el entendimiento y voluntad son potencias inmensamente más dignas que los sentidos así externos como internos, tanto que en el hombre el principal objeto de éstos es ser auxiliares más ó menos próximos de aquellos. Y entre el entendimiento y voluntad, bajo cierto aspecto, es de mayor excelencia el primero, tanto que según la doctrina tomista, el acto principal en que consiste la bienaventuranza es la visión de Dios.

Fúndase esta supremacía del entendimiento, así en la naturaleza de su acto, como en que la voluntad es una potencia ciega que sigue al entendimiento. Por manera que entre los ejercicios en que puede el hombre ocuparse,

es de los más dignos el conocimiento de la verdad. Por eso se dice en el libro de los Proverbios (1): «Aplica todos tus esfuerzos para alcanzar la sabiduría, y ella te ensalzará y te llenará de gloria cuando la estreches en tus brazos. Añadirá adornos graciosos á tu cabeza y ceñirá tus sienes con esclarecida diadema... Y la preferiré, añade Salomón (2), á los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada á las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas, porque todo el oro respecto de ella no es más que una menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo.» Por eso vemos que los hombres aficionados á las letras gózanse más en este conocimiento que de la verdad adquieren, que en todos los otros placeres de la vida, no tanto por la intensidad, cuanto por la dignidad y honestidad del objeto en que se ocupan. Por eso se dice de un religioso á quien invitaban para una recreación de campo, que respondió: «¿Qué mejor recreación que estar hablando con San Agustín, Santo Tomás y otros representantes del saber?»

De esa dignidad y alteza de la sabiduría tienen los hombres innata estimación. A lo menos es lo cierto que donde quiera que aparece un sabio se le venera y respeta, y si no siempre se le ama (3), á lo menos se le teme; lo cual después de todo prueba que la sabiduría, en igualdad de circunstancias, es de altísima dignidad y excelencia. Añádase á esto que la clase de estudios á que suele aplicarse el hijo del santuario, como es la religión en todas sus manifestaciones, es por sí mismo un objeto altísimo de contemplación. ¿Qué estudio más elevado que el de las relaciones del hombre con Dios, del tiempo con la eternidad, de lo visible con lo invisible, del mundo de acá terreno con el mundo de allá celestial? ¿Qué problemas tan serios

(2) Prov. 4-8.—(3) Sabiduría, Cap. XII, v. 5 y 9.—(3) El no ser siempre amado el hombre sabio depende ya de miserias humanas, como de la envidia, ya de que á veces se abusa lastimosamente de la sabiduría para la opresión y abatimiento ajenos.

y profundos no se ofrecen á nuestra consideración sobre los destinos insondables del humano linaje! Qué misterios tan inefables los de la misericordia y providencia de Dios en el gobierno de los ángeles y de los hombres! ¡Cuán grandioso aparece Dios en la Creación; cuán amoroso en la Redención; cuán insondable en la Predestinación! Pues ya, cuando descendemos con la historia á la realización del plan divino, y descubrimos en el transcurso de las edades la mano providencial de Dios y la marcha majestuosa de la Iglesia, luchando y venciendo al través de todos los contratiempos, ¡cuán hermosa cosa es, y cuán deleitable! Si goza la imaginación el perseguir el desenlace de una novela, ¡cuánto más se deleita el pensamiento en seguir, en mirar los pasos de ese bajel divino que marcha á las orillas de la eternidad entre tempestades y bonanzas, guiado por Aquel que dijo: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos, y..... no queráis temer. Yo vencí al mundo.» Se necesita ciertamente no tener corazón, para no deleitarse con estos y otros semejantes estudios.

Así embebido el hombre en tan saludables y provechosos pensamientos, consigue por añadidura otro no pequeño beneficio moral, y es que no tiene el enemigo lugar para entrar con imaginaciones perversas ó especies malignas. Además, de que instruido en la ley santa del Señor, fácilmente comprende las astucias del enemigo y las emboscadas que suele preparar á las almas. Por manera que el estudio de las letras es por este lado escudo poderoso contra nuestros enemigos, según aquello de la Sabiduría: «*Sapientiam non vincit malitia*. La malicia no vence á la sabiduría (1). Y antorcha para mis pies es tu palabra y luz para mis sendas» (2). Por eso dijo también San Jerónimo: «Ama la ciencia de las Escrituras, y no amarás los deleites de la carne» (3).

(1) Cap. VII, 30. (2) Ps. 118, v. 105. (3) De conservatione, Diet. 3, cap. N.

## ARTÍCULO VI.

### DEL MÉTODO

Al tratar del método, no hablamos del método analítico ó sintético de que hablan los filósofos, sino más bien de la manera práctica de emplear útilmente el tiempo. Desde luego no hay duda de que el gran factor de la ciencia es la aplicación. Cuentan que en un consejo pedagógico se levantaron muchos profesores y maestros á decir cada cual el sistema ó método de enseñanza, que debía emplearse para que los niños aprendiesen mucho; y después de que hubo cada cual emitido su dictamen, se levantó un maestro encanecido en la enseñanza y dijo: «Señores míos, no voy á hacer grandes discursos para recomendar tal ó cual método, porque el único método es: primero repetir, y segundo repetir, y tercero repetir, y siempre repetir.» Pues así decimos que el mucho estudiar es el método de los métodos.

No obstante, una misma aplicación puede dar resultados más ó menos felices, según el sistema que se tenga en el estudio. Y primero, si hablamos del estudio durante la carrera, ante todo débense estudiar los libros de texto; y de tal suerte, que se dominen y que al fin del curso pueda el estudiante dar razon, no ya de los capítulos que contenga el texto, sino de las pruebas y observaciones que traiga. Muchas cosas han de ser estudiadas de memoria y otras de concepto. Para ayudar á la memoria conviene no tomarlo de un golpe, sino como el manjar, por particitas, según la mayor ó menor facilidad que cada cual experimente. Y para hacerse cargo de concepto conendrá darle una vista general, y luego observar la división y orden de pruebas, deteniéndose el tiempo necesario en cada una de ellas, no pasando á la segunda sin estar impuesto en la primera, ni á la tercera sin estar impuesto en la segunda. Al fin se hace un recuento de las pruebas sintelizándolas

en proposiciones cortas y sencillas. No consiste la cosa en correr mucho, sino en correr bien. De otra suerte, si no se fija bien el pensamiento en la calidad y orden de las pruebas, originase verdadera confusión y ninguna precisión en las ideas. Lo que una vez esté aprendido repárese con frecuencia; que mejor es saber un libro bien que muchos mal, mayormente que los libros de texto, por malos que sean, suelen tener lo más principal de cada materia. Por tal concepto no alcanzamos el prurito de hacer escribir á los estudiantes lecciones ó explicaciones que al fin, no suelen ser mejores que los libros trabajados con calma y meditación. Lo que hay á veces es que los libros adoptados para texto no son los más propios: lo cual quiere decir que los encargados de señalarlos, los elijan con detenimiento.

A mayor ampliación de las ideas aprendidas en los textos, conduce la lectura y meditación de algunos autores latos, para elección de los cuales hay que tener en cuenta dos cosas; primera, que sea lo mejor en aquel género, y segunda, que sea del gusto ó afición de cada cual, porque así será mayor la atención que se tendrá. No es decir esto que no se deban leer otros; sino que siendo menos variado, es más fácil de retener las ideas y de adquirir seguridad y dominio en la materia. Por esta causa decía el Dr. Balmes que libros pocos y bien leídos. Y preguntado Santo Tomás, cómo podría ser un hombre docto, respondió; leyendo un sólo libro (1).

No habríamos llenado el pensamiento que nos propusimos en el método, sino añadiríamos que, como la escritura se inventó para ayuda del entendimiento y de la memoria, todo eclesiástico, sea estudiante ó no lo sea, debe tener un álbum ó libro de apuntes donde anotar, no todas las cosas, que serían muchas, sino las más salientes y que más le impresionaron, en lo cual recordaremos el consejo de Santo Tomás, el cual dice: que no importa saber quien lo

(1) Hernando del Castillo, Lib. 3.º, esp. 27.

dijo, sino qué es lo que dijo. Los tales apuntes pueden ordenarse por orden alfabético ó de materias ó de autores, según el gusto de cada cual.

## ARTÍCULO VII (1)

EN QUÉ CONSISTE EL PENSAR BIEN.—QUÉ ES LA VERDAD, SEGÚN BALMES

### I

El pensar bien consiste, ó en conocer la verdad, ó en dirigir el entendimiento por el camino que conduce á ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte, caemos en error. Conociendo que hay Dios, conocemos una verdad, porque realmente Dios existe; conociendo que la variedad de las estaciones depende del sol, conocemos una verdad, porque en efecto es así; conociendo que el respeto á los padres, la obediencia á las leyes, la buena fe en los contratos, la fidelidad en los amigos, son virtudes, conocemos la verdad; así como caeríamos en error, pensando que la perfidia, la ingratitud, la injusticia, la destemplanza, son cosas buenas y laudables.

Si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad; es decir, la realidad de las cosas. ¿De qué sirve discurrir con sutileza, ó con profundidad aparente, si el pensamiento no está conforme con la realidad? Un sencillo labrador, un modesto artesano, que conocen bien los objetos de su profesión, piensan y hablan mejor sobre ellos que un presuntuoso filósofo que en encumbrados conceptos y altisonantes palabras, quiere darles lecciones sobre lo que no entiende.

(1) Desde este artículo hasta el XIV, es todo doctrina del insigne Balmes, estampado en su inmortal «Criterio».

II

DIFERENTES MODOS DE CONOCER LA VERDAD,

A veces conocemos la verdad, pero de un modo grosero; la realidad no se presenta á nuestros ojos tal como es, sino con alguna falta, añadidura ó mudanza. Si desfila á cierta distancia una columna de hombres, de tal manera que veamos brillar los fusiles pero sin distinguir los trajes, sabemos que hay gente armada, pero ignoramos si es de paisanos, de tropa ó de algún otro cuerpo; el conocimiento es imperfecto, porque nos *falta* distinguir el uniforme para saber la pertenencia. Más si por la distancia ú otro motivo nos equivocamos y les atribuimos una prenda de vestuario que no llevan, el conocimiento será imperfecto, porque añadiremos lo que en realidad no hay. Por fin, si tomamos una cosa por otra, como por ejemplo si creemos que son blancas unas frutas que en realidad son amarillas, *mudamos* lo que hay, pues hacemos de ello una cosa diferente.

Cuando conocemos perfectamente la verdad, nuestro entendimiento se parece á un espejo en el cual vemos retratados con toda fidelidad los objetos como son en sí; cuando caemos en error, se asemeja á uno de aquellos vidrios de ilusión que nos presentan lo que realmente no existe; pero cuando conocemos la verdad á medias, podría compararse á un espejo mal azogado, ó colocado en tal disposición que si bien muestra objetos reales, sin embargo nos los ofrece demudados alterando los tamaños y figuras.

III

VARIEDAD DE INGENIOS

El buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay. Ciertos hombres tienen el talento de ver mucho en todo; pero les cabe la desgracia de ver todo lo que no hay, y nada de lo que hay.

Una noticia, una ocurrencia cualquiera, les suministran abundante materia para discurrir con profusión, formando como suele decirse castillos en el aire. Estos suelen ser grandes proyectistas y charlatanes.

Otros adolecen del defecto contrario; ven bien, pero poco: el objeto no se les ofrece sino por un lado; si este desaparece, ya no ven nada. Estos se inclinan á ser sentenciosos y aferrados en sus temas. Se parecen á los que no han salido nunca de su país; fuera del horizonte á que están acostumbrados, se imaginan que no hay más mundo.

Un entendimiento claro, capaz y exacto, abarca el objeto entero; le mira por todos sus lados, en todas sus relaciones con lo que le rodea. La conversaci6n y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precisión y exactitud. En cada palabra encontráis una idea, y esta idea, veis que corresponde á la realidad de las cosas. Os ilustran, os convencen, os dejan plenamente satisfecho; decís con entero asentimiento: «sí, es verdad, tiene razón.» Para seguirlos en sus discursos no necesitáis esforzaros; parece que andáis por un camino llano, y que el que habla sólo se ocupa de haceros notar con oportunidad los objetos que encontráis á vuestro paso. Si explican una materia difícil y abstrusa, también os ahorran mucho tiempo y fatiga. El sendero es tenebroso porque está en las entrañas de la tierra; pero os precede un guía muy práctico, llevando en la mano una antorcha que resplandece con vivísima luz.

IV.

LA PERFECCIÓN DE LAS PROFESIONES DEPENDE DE LA PERFECCIÓN CON QUE SE CONOCEN LOS OBJETOS DE ELLAS

El perfecto conocimiento de las cosas en el orden científico, forma los verdaderos sabios; en el orden práctico, para el arreglo de la conducta en los asuntos de la vida, forma los prudentes; en el manejo de los negocios del Estado.

forma los grandes políticos; y en todas las profesiones es cada cual más ó menos aventajado, á proporción del mayor ó menor conocimiento de los objetos que trata ó maneja. Pero este conocimiento ha de ser práctico, ha de abrazar también los pormenores de la ejecución, que son pequeñas verdades, por decirlo así, de las cuales no se puede prescindir, si se quiere lograr el objeto. Estas pequeñas verdades, son muchas en todas las profesiones; bastando para convencerse de ello, el oír á los que se ocupan aún en los oficios más sencillos. ¿Cuál será pues el mejor agricultor? El que mejor conozca las calidades de los mejores métodos é instrumentos de labranza, y que mejor acierte en la oportunidad de emplearlos; en una palabra, el que conozca los medios más á propósito para hacer que la tierra produzca con poco coste, mucho, pronto y bueno. El mejor agricultor será pues el que conozca más verdades relativas á la práctica de su profesión. ¿Cuál es el mejor carpintero? El que mejor conoce la naturaleza y calidades de las maderas, el modo particular de trabajarlas, y el arte de disponerlas del modo más adaptado al uso á que se destinan. Es decir, que el mejor carpintero será aquel que sabe más verdades sobre su arte. ¿Cuál será el mejor comerciante? El que mejor conozca los géneros de su tráfico, los puntos de donde es más ventajoso traerlos, los medios más á propósito para conducirlos sin deterioro, con presteza y baratura, los mercados más convenientes para expendarlos con celeridad y ganancia; es decir, aquel que posea más verdades sobre los objetos de comercio, el que conozca más á fondo la realidad de las cosas en que se ocupa.

V

Á TODOS INTERESA EL PENSAR BIEN

Échase pues de ver que el arte de pensar bien no interesa solamente á los filósofos, sino también á las gentes

más sencillas. El entendimiento es un don precioso que nos ha otorgado el Criador, es la luz que se nos ha dado para guiarnos en nuestras acciones; y claro es que uno de los primeros cuidados que debe ocupar al hombre es tener bien arreglada esta luz. Si ella falta nos quedamos á oscuras, andamos á tientas; y por este motivo es necesario no dejarla que se apague. No debemos tener el entendimiento en inacción con peligro de que se ponga obtuso y estúpido; y por otra parte, cuando nos proponemos ejercitarle y avivarle, conviene que su luz sea buena para que no nos deslumbre, bien dirigida para que no nos extravié.

VI

CÓMO SE DEBE ENSEÑAR Á PENSAR BIEN.

El arte de pensar bien no se aprende tanto con reglas como con modelos. A los que se empeñan en enseñarle á fuerza de preceptos y de observaciones analíticas, se los podría comparar con quien emplease un método semejante para enseñar á los niños á hablar ó andar. No por esto condeno todas las reglas; pero sí sostengo que deben darse con más parsimonia, con menos pretensiones filosóficas; y sobre todo, de una manera sencilla, práctica: al lado de la regla el ejemplo. Un niño pronuncia mal ciertas palabras; para corregirle ¿qué hacen sus padres ó maestros? Las pronuncian ellos bien y hacen que ensguida las pronuncie el niño: «escucha bien, como yo lo digo; á ver ahora tú; mira, no pongas los labios de esta manera, no hagas tanto esfuerzo con la lengua», y otras cosas por este tenor. He aquí el precepto al lado del ejemplo, la regla y el modo de practicarla.